

Entre la historia y la política. Jaume Vicens Vives y el complejo compromiso de un intelectual durante el franquismo¹



BORJA DE RIQUER PERMANYER
(Universitat Autònoma de Barcelona)

A lo largo del año 2010 se ha recordado de múltiples formas el centenario del nacimiento en Girona del gran historiador catalán Jaume Vicens Vives y también el cincuentenario de su muerte en la ciudad francesa de Lyon. Han sido un conjunto de actividades motivadas por el hecho de que Vicens fue, quizás, el historiador español más desatado y decisivo del siglo XX. Somos muchos los que hemos llegado a esta conclusión no sólo valorando su impresionante obra como investigador, sino también contemplando su enorme capacidad de organización, de generar iniciativas historiográficas, cívicas y políticas, de despertar vocaciones y de crear toda una escuela. Fue, sin duda, el que más influyó en la renovación de la historiografía española en el siglo XX. Fue el que con más tenacidad y eficacia propugnó y practicó la necesidad de abrirse a las nuevas corrientes universales y acabar con la autarquía cultural y científica. Y por que, además, todo eso lo hizo en unas circunstancias tan difíciles como las de los años 40 y 50, en plena postguerra.

El historiador francés Pierre Vilar definió a Vicens como «un creador». Por su parte John Elliott ha destacado, junto a su carácter apasionado y fuerte, la gran relevancia de sus iniciativas y la trascendencia de sus obras. Vicens perteneció a la sufrida generación de los jóvenes que primero vieron truncadas sus aspiraciones profesionales y vitales por la guerra civil y que luego debieron afrontar las enormes dificultades de la postguerra. El mismo calificaba a la suya de «generación heroica» o de generación «de naufragos».

Por encima de todo Vicens fue un apasionado historiador que luchó con denuedo por la incorporación de la historiografía española a las corrientes europeas más innovadoras y rigurosas. Que reaccionó frente la involución metodológica e ideológica por la que pasaba la producción historiográfica española tras la victoria franquista de 1939. En 1948 escribía con rotundidad: «debemos renovarnos o resignarnos a vegetar pobremente». Y propuso una serie de cambios que implicaban una clara ruptura con aquel presente oficial, pero que buscaban una cierta continuidad con la mejor tradición erudita de la historiografía liberal española. No fue por casualidad que calificó a una de sus más ambiciosas obras, *Historia Social y Económica de España*

y *América*, como un «Altamira modernizado», en clara referencia a Rafael Altamira, el gran historiador alicantino muerto en el exilio mexicano en 1951.

Raymond Carr dijo en 1990 que Vicens «era el único historiador hispánico que escribía historia como lo hacían los otros historiadores europeos». ² Por su parte Miquel Batllori sostenía que era «el historiador español que intervenía con más autoridad científica en los congresos internacionales» ³ y que fue por ello que Vicens será el primero al que se le encomendó la presentación de una ponencia oficial en un Congreso Internacional de Ciencias Históricas, el de Estocolmo de agosto de 1960, cosa que no pudo realizar personalmente ya que falleció dos meses antes.

El prestigioso medievalista navarro José María Lacarra ha señalado que:

«Jaime Vicens irrumpe en el campo de los estudios históricos con un ímpetu renovador, con tal variedad de iniciativas que puede afirmarse que durante veinte años fue el que marcó los nuevos surcos por los que habría de discurrir la investigación histórica española, y al mismo tiempo quien más se esforzó por informar a los historiadores de fuera de la labor que venían realizando sus colegas españoles». ⁴

Porque Vicens fue, de hecho, el principal enlace o hilo de comunicación entre la historiografía española y la internacional.

Vicens representa la apuesta por introducir en España la historia económica y la social, fue el principal divulgador en España de la innovadora metodología de la escuela francesa de *Annales*. Dotado de una gran intuición y una extraordinaria capacidad de trabajo, con no poco pragmatismo, acabó construyendo su propio camino metodológico. Vicens realizó una hábil adaptación, una propuesta propia, a partir de las múltiples influencias exteriores. El constante contacto con los historiadores europeos y americanos no hizo más que confirmarle que iba por buen camino.

Jaume Vicens significa también en España el inicio de la hegemonía de la historia contemporánea. El mismo evolucionó del medievalismo y del modernismo hacia los estudios sobre los siglos XIX y XX. Pero este tránsito hacia lo más actual, junto con la apuesta por la historia social y económica, fue también el resultado lógico de su actitud cívica. Era una opción sincera y arriesgada ya que exigía ambición intelectual y grandes dotes para la organización del trabajo y la dirección de equipos interdisciplinarios, con historiadores, economistas, demógrafos, sociólogos, etc.

Vicens tuvo una vida difícil: la muerte prematura de su padre, y la consiguiente crisis familiar, le forzó a emanciparse a los 16 años y tener que trabajar como contable para poder estudiar en la universidad. Sus brillantísimas notas le posibilitaron obtener una beca y cuando parecía que le esperaba una brillante carrera académica, tras obtener el premio extraordinario de licenciatura, vino la guerra civil, la movilización como soldado y, finalmente, la victoria y la represión franquista para ponerle nuevos obstáculos.

Vicens era de la generación de los esperanzados jóvenes que se incorporaron a la vida profesional y política en los albores del nuevo régimen republicano y se identificó claramente con él. Sólo hay que leer sus tres artículos políticos del año 1931,

escritos cuando cumplía el servicio militar. Fue un joven y apasionado investigador y profesor universitario, capaz de atreverse a polemizar con el periodista y político catalanista Antoni Rovira i Virgili y de tener el atrevimiento de hacer una recensión crítica de la *Història de Catalunya* de Ferran Soldevila. En febrero de 1936 defendió su tesis doctoral, la primera leída en catalán en la Universidad de Barcelona, sobre «Ferran II i la ciutat de Barcelona», una documentada y nueva visión del papel político del rey católico.

Durante la guerra colaboró con el rector Pere Bosch i Gimpera, uno de sus maestros, en la reorganización de la Universidad de Barcelona, siendo uno de los responsables de reorientar la facultad de Filosofía y Letras en aquellas difíciles circunstancias. Tenemos escasos testimonios escritos sobre sus ideas durante la guerra, uno de ellos es la carta que envió al presidente de la República, Manuel Azaña, en abril de 1937, acompañando al libro sobre su tesis doctoral, en la que manifestaba explícitamente su esperanza en la victoria republicana y todo lo que ello representaba. Otro testimonio de sus ideas políticas es la reseña sumamente elogiosa que escribió sobre la famosa conferencia que Pere Bosch Gimpera pronunció en la universidad de Valencia el 18 de julio de 1937, titulada «España», en la que Vicens se identificaba con las tesis políticas e historiográficas de su admirado maestro (*La Publicitat*, 26-IX-1937). Movilizado por el ejército republicano en el verano de 1937, Vicens fue de los que en el último momento de la retirada hacia Francia, en febrero de 1939, decidió quedarse en España por responsabilidad familiar y política. Quizás pecó de ingenuidad, ya que el mismo llegó a reconocer que si hubiera sabido lo que le esperaba tal vez se hubiera exiliado. Porque la represión que cayó sobre él fue superior a lo esperado: pese a no haber militado en ningún partido ni sindicato, fue excluido de la universidad, se invalidó su premio extraordinario de doctorado, fue depurado de su cátedra de instituto y sancionado con dos años de suspensión de empleo y sueldo y, en febrero de 1943, fue enviado fuera de Cataluña, al instituto de Baeza, en Jaén. Fueron para él aquellos unos años de miedos, de denuncias y de frecuentes visitas de la policía a su casa. Era el tiempo de buscar avales y declaraciones favorables para los pliegos de descargo. Debe tenerse en cuenta que Vicens, sin duda, estaba notablemente impresionado por la ignominiosa ejecución del tío de su mujer, el conocido periodista catalanista Carles Rahola en marzo de 1939. Fueron para él esos unos años de grandes dificultades económicas —ya tenía varios hijos— por lo se vio obligado a trabajar para varias editoriales cobrando a tanto la página. Fue entonces, en 1942, cuando creó con su cuñado la Editorial Teide, especializada en mapas históricos escolares y libros de texto, que seguían las pautas didácticas y la calidad pedagógica del Instituto-Escuela Ausias March, en donde Vicens había dado clases desde 1932 hasta 1937.

Entre 1939 y 1947 pasó ciertamente por una etapa de equilibrios ideológicos, en los que se vio obligado a hacer gestos y méritos políticos ante la hostilidad que generaba su persona en ciertos círculos falangistas. Debe recordarse que Vicens fue

denunciado por algunos colegas, que vetaron su regreso a la universidad y dificultaron durante un cierto tiempo su posible vinculación al CSIC. Entre 1940 y 1944 fue excluido tres veces de unas oposiciones para catedrático de universidad, por no tener el certificado de «adhesión» o por motivos «administrativos». Necesitado de apoyos académicos, su principal ayuda vendrá de Antonio de La Torre, el director de su tesis doctoral, que logrará finalmente meterle en el CSIC a finales de 1943, aunque con un miserable sueldo de colaborador. Ciertamente que también se aproximará al grupo católico de Sevilla, encabezado por los modernistas Vicente Rodríguez Casado y Florentino Pérez Embid pero, como después trataremos, eso fue en buena parte el resultado de la hostilidad de los falangistas.

De esta época son sus artículos en la revista barcelonesa *Destino*, firmados con el pseudónimo de Lorenzo Guillén, y un libro titulado *España. Geopolítica del Estado y del Imperio*, por lo que hubo quien le acusó de colaboracionista con el régimen, por estar publicado por Yunque, una editorial falangista. Si se analiza realmente su contenido, el libro no es en absoluto franquista, como lo reconoció desde el exilio el propio exconseller de Cultura de la Generalitat, Carles Pi i Sunyer, que era quien le había encargado un libro similar durante la guerra civil.

Finalmente a principios de 1947 ganó por oposición la plaza de catedrático de Historia Moderna y Contemporánea de la universidad de Zaragoza y al año siguiente, tras otra oposición, la de la misma denominación en Barcelona. Ya no pudieron impedir su participación. Ciertamente que tuvo el apoyo de de la Torre y de Cayetano Alcázar, pero sus ejercicios fueron tan brillantes que ni el falangista Ciriaco Pérez Bustamante pudo poner objeciones. Con su consolidación como catedrático universitario, a partir de 1947 dio prioridad total a continuar su tarea como investigador, al trabajo en archivos y, sobre todo, a darse a conocer más ampliamente con la publicación de monografías, la redacción de artículos de crítica historiográfica y de opinión, a la elaboración de obras de síntesis y de manuales escolares. Vicens compaginó con notable brillantez las obras de investigación rigurosa, con las síntesis interpretativas innovadoras y sugeridoras. Su obra publicada fue sólida y abundante: en los 13 años que van desde que logró la cátedra en la universidad de Zaragoza, en 1947, y su muerte, escribió 16 libros de investigación y de síntesis, 63 artículos en revistas especializadas –buena parte de ellas extranjeras–, 13 libros de texto, 3 atlas históricos y más de 200 artículos de opinión y de crítica historiográfica en revistas y diarios.

Se esforzó en transformar la precaria universidad española de su época en un centro moderno en que se formaran competentes investigadores y preparados docentes. En tan sólo tres años creó en la universidad de Barcelona una infraestructura académica de gran prestigio: el Centro de Estudios Históricos Internacionales (CEHI), la revista *Estudios de Historia Moderna*, el gran repertorio bibliográfico, el primero en España, que fue *Índice Histórico Español*, y su Seminario de Historia, en donde debatía periódicamente con sus discípulos. La universidad fue, así, su principal plataforma de

divulgación de las ideas y de los nuevos métodos historiográficos y para desarrollar numerosas iniciativas.

Su Seminario de Historia, un auténtico centro de formación de investigadores y un foro de todo tipo de debates historiográficos, estaba integrado en buena parte por el equipo en *Índice Histórico Español*. Fue ese el semillero de una escuela historiográfica de la que saldrían varios catedráticos de universidad, numerosos de instituto, así como investigadores y archiveros. Jaume Vicens no sólo dirigía sus tesis doctorales, también buscaba becas para enviarles a centros universitarios del extranjero. Eran los años de intensificación de sus contactos y relaciones internacionales y de participación en numerosos congresos. Vicens fue vocal del comité español del Congreso Internacional de Ciencias Históricas y miembro del Comité Internacional de Bibliografía Histórica

Desde principios de los años 50 se incrementó el interés de Vicens por dejar el medievalismo y el modernismo, basados en la investigación erudita y una narrativa básicamente política, para instalarse cada vez más en el contemporaneismo, en el estudio de los siglos XIX y XX. Este cambio iba acompañado de un especial énfasis en la incorporación al discurso histórico de aspectos geográficos, económicos, sociales y culturales, utilizando el máximo la cuantificación. Deseaba poder elaborar unas interpretaciones analíticas en las que se pudiera señalar la relevancia del papel desempeñado por los diversos grupos sociales y, especialmente, por las minorías dirigentes, las elites. Fue ésta una opción voluntaria y arriesgada que significaba sacrificar su gran prestigio como medievalista y modernista para lanzarse a la construcción del contemporaneismo, un terreno que en España estaba lleno de dificultades científicas y de problemas políticos. Era meterse a un campo nuevo, casi inexistente entonces y por ello con la posibilidad de moverse inicialmente más en el terreno de las hipótesis a verificar que en las tesis contrastadas. Junto a esto, Vicens será el líder en España del cambio fundamental en la elaboración del discurso historiográfico. Criticará con dureza la historiografía española de postguerra, profundamente marcada y condicionada por la ideología de los vencedores en la guerra civil. No deja de ser realmente sorprendente contemplar que, ya en 1952, Vicens se atreviera a escribir en una revista alemana este severo juicio de la historiografía española:

«El punto de partida correcto para toda consideración relativa a la vida española reciente es la fecha en que el país se escindió en dos bandos en una lucha fratricida que había de durar cerca de tres años. Esta premisa no puede ser obviada ni relegada a segundo término, pues pesa doblemente sobre el futuro de la producción historiográfica nacional: en primer lugar, cercenando la línea de continuidad de tales estudios; y luego, provocando un crítico período de reajuste, durante el cual se ha echado de menos a muchos de los antiguos colaboradores en las tareas historiográficas nacionales.

Una guerra civil es, necesariamente, una guerra ideológica, lo que implica una orientación concreta para las actividades de la intelectualidad bajo las banderas del triunfador. En el caso de la conflagración española, la victoria de las fuerzas nacionales, acaudilladas por el general Francisco Franco, significó, con la restauración de los valores defendidos por

el tradicionalismo hispano, un portentoso despliegue del aparato historiográfico relativo a los ideales que acababan de imponerse en los campos de batalla. Esta exaltación de lo nacional explica la anómala proliferación de una rama historiográfica destinada a ponderar las anécdotas, las biografías y los grandes hechos de armas de los momentos de grandeza y hegemonía de España en el mundo, de la época llamada imperial, bajo cuyos signos habían luchado los combatientes de Franco».⁵

Vicens apostó por la renovación historiográfica, por un cambio radical que reincorporase España a los aires intelectuales de Europa Occidental, pese a la precariedad de medios y el gran coste de capital humano que supuso el exilio republicano. Consideraba que la historiografía española de postguerra no sólo era ultraconservadora, sino también notoriamente castellanista, y que estaba al servicio de la política cultural y de la ideología del régimen franquista. Por ello criticó la nueva ortodoxia antiliberal que se estaba imponiendo, censuró el esencialismo ideológico que se apreciaba en los ensayos centrados en «el ser de España» y los escritos realizados en clave psicologista y meta-histórica.

Una de las temáticas que más discusión ha provocada en muchos de los encuentros académicos ha sido la vehemente, y valiente, actitud de Vicens frente al «misticismo angustioso y absurdo» que parecía imponerse en el ensayismo hispánico a finales de los años 40 y principios de los 50. En algunas de las reseñas que escribió Vicens en *Índice Histórico Español* no dudó en criticar a los que emitían «juicios de valor desvinculados de unos conocimientos suficientes de los hechos en que dicen basarse» y tuvo el atrevimiento de impugnar a «la escuela erudita y filológica nacionalista castellana» que, en su opinión, estaba desviando la principal línea de investigación de los historiadores ya que «se discute de las palabras y no de los hombres». En 1950, sostenía con rotundidad: «no nos sentimos bien con la techumbre que Menéndez Pidal quiere poner a la Historia de España».

Vicens se opuso tenazmente a una historiografía oficial que buscaba en la Edad Media, y también en la Antigua, los referentes para justificar las categorías políticas, el poder y la ideología del propio régimen franquista. Censuró, por importantes que fueran, a los historiadores que presentaban como consubstancial a la historia hispánica la raíz cristiana, el caudillismo, la nación medieval, la retórica de la Reconquista, el espíritu de Cruzada, el predominio de Castilla, el militarismo, la épica del Imperio, la dialéctica España-Europa de la Edad Moderna basada en la defensa de una España diferente frente a Europa.

A finales del año 1952 publicó su síntesis *Aproximación a la Historia de España* que tuvo un notable impacto y una acogida muy favorable. Era éste un «libro de batalla» que significaba una evidente reacción frente al clima asfixiante creado por las interpretaciones ideologistas que impregnaban la historiografía española. El breve libro de Vicens poseía un aire nuevo y europeo, y era muy diferente a lo habitual. Era una aproximación a los principales problemas interpretativos de la historia española que iba acompañada de una introducción metodológica en la que planteaba la necesidad de ir hacia a una historia que incorporase también los aspectos sociales,

económicos, demográficos y culturales. Era la clara translación de los nuevos planteamientos metodológicos que el propio Vicens había podido ver manifestarse en el Congreso de Ciencias Históricas de París del año 1950. Era también una reflexión historiográfica realizada desde la periferia geográfica y política con la voluntad de hacer pensar de forma diferente el pasado hispánico. Era una obra ofrecida a la comunidad científica para que modificase sus planteamientos metodológicos y a la sociedad para que pasase de «de un régimen de pereza mental a los vivos destellos de la crítica libre». «Los historiadores –escribía en una carta a un discípulo suyo, Ramón Gubern, el 13 de marzo de 1955– estamos llamados a caminar junto a la conciencia del país, o incluso a formar parte de ella».

Aproximación era, de hecho, la carta de presentación del grupo renovador encabezado por Vicens que exigía libertad para proponer, debatir y divulgar unas hipótesis de trabajo realmente nuevas. Por ello su publicación significó una clara defensa de la autonomía del intelectual en la lucha por la verdad histórica. Será el germen de la nueva historiografía española y el inicio de su modernización. En su correspondencia particular encontramos numerosas muestras del gran impacto provocado por este libro entre los historiadores españoles. A quienes elogiaban la valentía del su ensayo, Vicens les precisaba que sólo había pretendido formular «hipótesis de trabajo, más o menos ciertas, que exigirán bastante labor para ser afirmadas o desechadas». Al sevillano Jesús Pabón le confesará que «me he propuesto fijar los principales temas de trabajo que incumben a la nueva promoción de historiadores». Es decir, en su breve libro Vicens intentaba señalar las tareas que correspondían a la nueva generación de historiadores. La gran ambición interpretativa, el estilo brillante y de buen comunicador de Vicens, otorgaban un especial atractivo a esta pequeña síntesis frente al tono, normalmente aburrido y farragoso de la mayoría de los libros de historia de la época. La correspondencia recibida por Vicens entonces está llena de elogios entusiastas de jóvenes universitarios, de profesores de instituto e incluso de estudiantes. Quizás por ello *Aproximación* fue recibida con notoria hostilidad por los más claros representantes de la historiografía oficial franquista.

Las obras de síntesis de Vicens estaban escritas para ser leídas por el máximo de gente y debían pasar la censura franquista y por ello, como el mismo Vicens reconocía confidencialmente en sus cartas, se había visto forzado a «no ser totalmente sincero» dado que algunas cosas sólo podían ser apuntadas, otras «veladas» e incluso «algunas omitidas». *Aproximación* fue una obra pionera y un referente. Hoy es un clásico, y como todos los clásicos es el lógico fruto de su tiempo histórico. Es un testimonio de aquella difícil y larga postguerra. Y una pieza importante de la lucha contra la cultura que pretendían imponer los ganadores de la Guerra Civil. Esto hace de este libro una obra meritoria e insólita, una pieza importante de aquel «combate de ideas» de los años 50, cuando, según el profesor José Carlos Mainer, comenzó «la precoz deslegitimación del Franquismo en el mundo cultural». Por que, de hecho, los libros de síntesis de Vicens pretendían básicamente eso, cuestionar las ideas propagadas

por la cultura oficial y desautorizarlas. Hoy los historiadores de la cultura sostienen la tesis de que el régimen Franquista empezó a perder la batalla de las ideas ya a mediados de los años 50. Y no cabe duda que eso fue posible, junto a muchas otras iniciativas, a ese librito de Jaume Vicens Vives que he querido recordarles.

Con respecto a la ideología de Jaume Vicens hay una controversia centrada en su actuación durante los primeros años de la postguerra. Hay quien ha calificado su actitud de pragmática, mientras otros le han tildado de oportunista o de camaleónico. Incluso hubo quien no dudó en acusarle de colaboracionista con la dictadura. La cuestión, sin duda, tiene una notable complejidad ya que exige no solo una contextualización, sino sobre todo disponer de la información adecuada y abandonar los planteamientos maniqueos y las simplificaciones fáciles. Deben diferenciarse dos etapas en la actividad cívica y política de Vicens. Una primera, en la que intentará hacer de «hombre puente» entre Barcelona y Madrid, que llegará hasta la crisis política y universitaria de febrero de 1956. Y una segunda, a partir de ese momento, en el que dará prioridad a un activismo más claramente político y democrático centrado en Cataluña, sin que por ello dejase de tener contactos y proyectos españoles.

Desde finales de los años 40 y sobre todo a principios de la década de los 50 una serie de factores internacionales, como la propia «guerra fría» entre los países llamados occidentales y el bloque soviético, el fin del aislamiento internacional del régimen de Franco, los acuerdos con los Estados Unidos y el Concordato con la Santa Sede, ambos firmados en 1953, y la progresiva apertura política y económica hacia Europa y los Estados Unidos, parecían anunciar la posibilidad de cambios culturales y también políticos en España. Fueron unos años en que se reactivaron los debates sobre la institucionalización del régimen, sobre su posible evolución hacia formas menos represivas, y también de inicio de lo que José Carlos Mainer ha denominado «el nuevo ciclo cultural», caracterizado por veladas promesas de apertura ideológica, de mayor tolerancia en las publicaciones y de «comprensión» hacia la situación de la cultura catalana. Fue el momento de una mayor articulación de la alta cultura gracias a la proliferación de revistas de diferente carácter —como *Laye*, *Alcalá*, *Destino*, *Revista*, etc.—, de surgimiento de nuevas editoriales y de incremento de debates ideológicos —como el que tuvo como protagonistas principales a Pedro Laín Entralgo y a Rafael Calvo Serer—. Todo ello parecía el síntoma de una apertura cultural que, quizás, precedería a otra de carácter político, o al menos eso es lo que anunciaban algunos de sus más relevantes protagonistas. Jaume Vicens se implicó claramente en ese movimiento. Por un lado, como catedrático, estaba claramente identificado con las reformas universitarias que parecía propiciar el equipo encabezado por Joaquín Ruiz Giménez y tenía una cordial relación con el director general de universidades, Joaquín Pérez Villanueva, que era amigo y colega suyo en cátedra de Historia Moderna y Contemporánea. Ya indicamos que Vicens estaba notablemente interesado en la potenciación de la investigación y la formación de las nuevas generaciones y por ello estaba dispuesto a colaborar en todo lo que supusiera una mejora de la situación de la universidad.

A principios de los años 50 Vicens, como otros intelectuales y políticos, consideraba que el régimen franquista, si bien se había estabilizado, más temprano que tarde se vería obligado a evolucionar hacia el tipo de sistema político democrático que había en Europa Occidental. Creía que habían fracasado totalmente los partidos y las ideologías más radicales vinculadas a la Guerra Civil, tanto de los vencedores como de los vencidos. Y que por ello era preciso empezar de nuevo, con gente nueva y joven, pero había que preparar a la nueva generación. También manifestaba su gran preocupación por la difícil situación en que se encontraba la cultura y la identidad catalana y consideraba que se debía informar a los sectores renovadores de Madrid sobre esta cuestión para que presionasen para modificar radicalmente la política cultural del régimen. Deseaba ejercer de «hombre puente» entre Barcelona y Madrid con la pretensión de dar a conocer la realidad cultural, social y política catalana a los intelectuales y políticos más inquietos de la capital de España y también para que los catalanes opinasen sobre los planes aperturistas que parecían proponer la gente de Madrid. De ahí la relevancia de las reuniones que organizó en su casa de Barcelona, en la calle Santaló 130, a donde fueron invitados diversos políticos e intelectuales de Madrid con la intención de que explicasen como veían la evolución del régimen y, al mismo tiempo, se informasen de la situación en que se encontraba Cataluña y escucharan lo que opinaban los catalanes. Por su casa pasaron, entre otros, Rafael Calvo Serer, Florentino Pérez Embid, Jesús Pabón y Gregorio Marañón.

Hubo también una clara implicación de Vicens en los debates entre las diferentes corrientes ideológicas evolucionistas, especialmente en la confrontación entre algunos intelectuales falangistas y católicos, representados los unos por el grupo de Dionisio Ridruejo, Pedro Laín y Antonio Tovar y por las revistas *Alcalá* y *Revista*, y los jóvenes universitarios del Opus Dei, que publicaban en *Arbor* y *Ateneo*, y eran dirigidos por Rafael Calvo Serer. Como señalamos antes, Vicens inicialmente se acercó a los sectores católicos tradicionalistas, por amistad personal, por sus posiciones regionalistas moderadas, ya que éstos manifestaban una sensibilidad regionalista semejante a la de Marcelino Menéndez Pelayo, y por que eran anti-totalitarios. En cambio, eran notables sus reticencias ante el jacobinismo españolista que percibía en los falangistas, en los que veía aún restos de totalitarismo, y por estar ideológicamente vinculados a la «escuela erudita y filológica nacionalista castellana». Para Vicens estos intelectuales falangistas, hijos ideológicos de José Ortega y Gasset y de Ramón de Menéndez Pidal, eran unos nacionalistas españoles que identificaban Castilla con España y que no contemplaban una presencia diferenciada de catalanes, vascos y gallegos. Así, es significativo su artículo «Excluyentes y comprensivos», publicado en *Destino* el 28 de marzo de 1953, en el que criticó el famoso y homónimo editorial de Ridruejo en *Revista*. Y también el titulado «*Píos deseos y garantías morales*», publicado también en *Destino* el 27 de diciembre de 1952, que constituía una matizada crítica de las propuestas culturales de Pedro Laín Entralgo. En una carta a su colega y amigo Felipe Ruiz Martín, escrita el 28 de agosto de 1952, Vicens insistía que la

principal tarea en que estaba implicado era «la defensa de la libertad de opinión y la lucha por la inteligencia». Con el tiempo, sus diferencias con el grupo Ridruejo fueron matizándose e incluso Vicens llegó a escribir en *Revista*.

Un texto inédito de Vicens, escrito el año 1954, recientemente localizado, y dedicado al análisis de la historia española desde 1917 hasta mediados de los años 50, nos es de gran utilidad para conocer sus inquietudes políticas, dado que como debía publicarse en el extranjero no pasó ni por la censura franquista, ni por la autocensura de su propio autor. A lo largo de unas 60 páginas el historiador catalán nos ofrece una muy informada y matizada interpretación de la crisis de la monarquía de Alfonso XIII, la Segunda República, la Guerra Civil y los primeros quince años de la dictadura franquista. El escrito finaliza analizando con toda crudeza los problemas principales que afectaban a la sociedad española a mediados de los años 50 y presentando los principales dilemas ante los que se enfrentaba. Para Vicens, había que optar entre:

«*Dirigisme ou liberté économique; Socialisme d'Etat ou justice sociale; Autorité ou liberté; Unitarisme ou régionalisme; Orthodoxie ou dissidence; Incorporation ou division intellectuelle*».⁶

No había duda que él se inclinaba siempre por las segundas opciones y que aún creía posible la evolución del régimen franquista.

Eran también esos los momentos de los contactos y las relaciones cada vez más estrechas de Vicens con miembros de la resistencia cultural y política catalana, especialmente con demócratas cristianos, como Josep Benet, Maurici Serrahima y el abad de Montserrat, Aureli M^a Escarré. Y también con grupos de estudiantes catalanistas, como los reunidos en la Acadèmia Catòlica y en los CC, que dirigía Jordi Pujol; con jóvenes empresarios, como los que crearon el Club Comodín y después el Círculo de Economía; y también con miembros de grupos catalanistas organizados de forma más clandestina, como Grups Nacionals de Resistencia o el Front Universitari Català. Pronto Vicens se convirtió en una referencia para ellos, tanto por sus contactos en Madrid y por la información que lograba gracias a sus contactos al extranjero -desde 1948 Vicens viajó repetidas veces a Italia, Francia, Alemania y Gran Bretaña, y en 1958 lo hizo a los Estados Unidos-, como por sus reflexiones históricas sobre lo que había pasado en España y en Cataluña en el último siglo.

Los sucesos universitarios de 1956 y 1957 significaran un cambio notable en la actitud cívica y política de Vicens. Pienso que hay un ejemplo significativo que nos informa de este cambio. Ante la primera gran huelga de tranvías de Barcelona, la de febrero de 1951, Vicens contempló con simpatía el boicot popular a ese transporte público en el que jugaron un papel destacados los estudiantes. Pero luego se sintió sorprendido ante el estallido la gran huelga obrera del día 12 de marzo. Era un hecho no esperado y que siguió desde lejos y sin intervenir. Joan Reventós explica en sus recuerdos que fue Vicens el primero en señalar entonces que la huelga de Barcelona era auténtico un hito histórico que marcaba el fin de la larga postguerra civil y el inicio de un tiempo nuevo. Muy diferente será su actitud ante la segunda huelga de tranvías, la de febrero de 1957. Ante el éxito inicial del nuevo boicot a este transporte

público, Vicens convocó en su casa una reunión en la que participaron dirigentes de diversos grupos opositores antifranquistas junto con personalidades demócratas independientes e incluso algunos franquistas evolucionistas (estaban desde el socialista Joan Reventós hasta el lliguero y concejal franquista Santiago de Cruilles, pasando de demócrata-cristianos, republicanos, liberales, nacionalistas, etc.). Se excluyó a representantes de la CNT y del PSUC, ante el temor que los más moderados no aceptasen su presencia. Sin embargo estas formaciones obreras fueron informadas después de lo tratado en la reunión clandestina. El objeto del encuentro era debatir sobre la compleja situación política en que se encontraba la ciudad y mirar de realizar algunas actividades que favoreciesen un cambio de carácter democrático. Jaume Vicens actuó de anfitrión, aglutinador, principal impulsor y líder de esta iniciativa.

¿Cuales fueron las causas de este cambio tan notable de su actitud entre 1951 y 1957? ¿Cómo fue que en cinco años pasó de una pasividad más bien espectante al activismo político comprometido?. Los sucesos de Madrid de febrero de 1956, con la caída de Ruiz Giménez y Pérez Villanueva, las detenciones de Ridruejo y compañía, junto con la marginación política de Calvo Serer, eran una clara muestra del fracaso total de los que proponían una evolución del régimen desde dentro. Mostraba que la dictadura de Franco era un sistema político en el que era imposible un «ambiente de libertad de opinión», como deseaba Vicens, y que no se llevarían a cabo cambios de carácter aperturista y democratizadores. Pero era también la frustración de su papel de hombre-puente entre Madrid y Barcelona, ya que se había quedado sin interlocutores madrileños, puesto que éstos o estaban detenidos (Ridruejo) o estaban marginados políticamente (Calvo Serer). No ha de extrañar, por tanto, que Vicens figure entre los firmantes de la carta que conocidos intelectuales y profesores universitarios dirigieron al nuevo ministro de Educación, Jesús Rubio García-Mina, el 20 de febrero de 1957, con motivo de los incidentes universitarios de Barcelona y Sevilla. En el escrito, uno de los primeros textos de protesta pública de intelectuales que tuvieron lugar en la época franquista, se solicitaba la libertad de los estudiantes detenidos, la supresión de las sanciones académicas y una mayor comprensión y tolerancia hacia las demandas estudiantiles.

Es innegable que Vicens había cambiado y que su opción a favor de un régimen democrático, que no podía surgir de la evolución del franquismo, era bien sincera. Esto viene corroborado por el hecho de en diciembre de 1956 escribiera un manifiesto clandestino a favor de la creación de la «*Associació per el Redreç de Catalunya*». ⁷ Se trataba de un proyecto para la constitución de una plataforma unitaria dedicada a difundir ideas, a agitar conciencias y finalmente para actuar contra el régimen franquista, considerado agotado e imposible de evolucionar. Se proponía la democracia política como el objetivo fundamental. Según Vicens, era preciso la superación de la guerra civil y la reconciliación entre todos aquellos de los vencedores y vencidos que deseasen un régimen de armonía política y social. Era necesario, por tanto, hacer confluir a la vieja oposición antifranquista con las nuevas generaciones, no marca-

das por la guerra civil, y también con los franquistas desengañados. Para Vicens los referentes políticos básicos a tener presentes eran el catalanismo y el obrerismo: «*no es pot governar ni contra els obrers ni contra Catalunya*», escribirá. El abogaba por un catalanismo constructivo e intervencionista ya que era preciso el «*redreç de España*», cambiarla profundamente y avanzar hacia una nueva España plural que contemplaba en el marco de un régimen federal. «*Creiem en el redreç de Catalunya com a pedra singular de la reorganització d'Europa i d'Espanya*», se decía en el citado manifiesto.

Gracias al éxito de sus libros, especialmente del impacto de *Aproximación* y sobre todo de *Notícia de Catalunya*, pero también de otras obras, como *Industrials i Politics del segle XIX*, del excepcional manual *Historia Económica de España* e incluso de la obra colectiva *Historia Social y Económica de España y América*, Vicens tendrá la oportunidad de ser requerido continuamente para pronunciar conferencias y participar en congresos, seminarios y reuniones de todo tipo.

Como hemos señalado, Vicens siempre mostró un gran interés en la formación de la nueva generación, tanto de los nuevos empresarios, como de los nuevos profesionales e intelectuales, es decir de de los futuros líderes, que deseaba que fueran modernos, europeos, demócratas, sensibles a la situación de las clases populares, que aceptasen como necesaria socialmente la existencia legal del movimiento obrero y que vieran las huelgas como un mecanismo normal de negociación y no como un desafío revolucionario. Gracias a los contactos personales de Vicens pasaron por el Círculo de Economía, entidad a la que él había contribuido a fundar, conferenciantes tan relevantes como Joan Sardà Dexeus, Manuel Ballvé, Fabián Estapé, Enrique Fuentes Quintana, José Luis Sanpedro o Luis Angel Rojo.

Ésta será una etapa de acentuado activismo político que le llevará a establecer contactos directos y estables no sólo con destacados miembros de las fuerzas políticas antifranquistas del interior sino también con conocidos dirigentes del exilio, como el socialista Manuel Serra i Moret y, sobre todo, con Josep Tarradellas, el presidente de la Generalitat de Catalunya. Vicens se entrevistará varias veces con Tarradellas en París. E incluso, a principios de 1960, se divulgará una propuesta del exiliado presidente para constituir un consejo asesor suyo integrado por el economista Joan Sardà Dexeus, que sería el encargado de las cuestiones económicas, Manuel Ortínez, el responsable de los contactos con los empresarios, y de Jaume Vicens Vives, a quien se adjudicaban las relaciones con los grupos católicos.

Así, hacia 1960 Vicens era visto como un demócrata independiente, cercano a los demócratas cristianos catalanistas (Benet, Serrahima y Escarré), bien visto por los socialistas del MSC (Reventós) y por los republicanos (ERC, AC). Igualmente gozaba de un notable prestigio e influencia ante los antiguos dirigentes de la Lliga Catalana (Narcís de Carreras, Santiago de Cruilles, Pau Roig Giralt, etc). Pero también era muy respetado por los estudiantes y profesores del PSUC. Vicens vivía casi rodeado de gente del PSUC: en su propia editorial, Teide, trabajaban dos veteranos militantes de este grupo comunista, Enric Borrás y Josep Costa, ambos encarcelados en 1939, y

en la universidad tenía como ayudantes, o como alumnos aventajados, a destacados militantes de este partido, como Josep Fontana, Josep Termes, Miquel Izard, etc.

En estos últimos años Vicens publicará relevantes artículos de opinión, algunos de los cuales son unos auténticos manifiestos políticos: Así, *Hacia una nueva burguesía*, publicado en *Destino* el 30 de octubre de 1954, es una dura crítica a la acomodación egoísta de la burguesía catalana en el régimen franquista; su conferencia en el Círculo de Economía, «El capitán de industria español en los últimos cien años», pronunciada el 16 de octubre de 1958, es una llamada a los jóvenes empresarios para que recuperasen la iniciativa económica, el espíritu emprendedor y de lucha frente a los excesos intervencionistas del estado y una apuesta en favor de la liberalización económica y política. Igualmente estos años publicó destacados prólogos y artículos destacando la importancia política del movimiento obrero español.

Se incrementaron también sus reflexiones sobre las relaciones entre Cataluña y Castilla, sobre el papel de Cataluña en una nueva España y sobre la necesidad de que el dinamismo social catalán ayudase a liquidar el excesivo pesimismo español, como se puede apreciar en el texto de la segunda edición, corregida y ampliada, de *Noticia de Catalunya*, publicada el año 1960. Dignos de destacarse son igualmente sus últimos escritos sobre las claves interpretativas de la historia contemporánea, como el titulado «La nueva historia», publicado en enero de 1960, en la revista *Serra d'Or*. Fueron estos años finales los de acentuación de la vinculación de Vicens al activismo cultural catalanista. Intervino en la fracasada petición de una revista cultural en catalán, conjuntamente con Carles Riba, Josep Pla, Marià Manent y los editores Cruset y Vergés. Escribió numerosos artículos de opinión y reseñas historiográficas, sobre la vida cultural española y catalana, sobre los cambios en la universidad (artículos sobre las reformas de Ruiz Giménez, como el titulado «Hacia una nueva universidad»), reseñas de libros emblemáticos de conocidos autores españoles (Laín, Sánchez Albornoz, Américo Castro, Menéndez Pidal, etc) y sobre los grandes e innovadores historiadores europeos (Lucien Febvre, Fernand Braudel, Arnold Toynbee, Pierre Vilar, Federico Chabod, Philippe Wolff, etc).

Su muerte prematura, cuando acababa de cumplir los 50 años, frustró una vida llena de inmensas posibilidades. Murió en plena madurez intelectual, cuando estaba preparando un sin fin de proyectos historiográficos y políticos. Falleció demasiado joven y demasiado pronto. Aún hoy impresiona contemplar su inmensa labor y como logró realizar una obra científica tan amplia y de tanta calidad en tan poco tiempo y en unas condiciones tan poco favorables. Pierre Vilar afirmó: «Vicens es seguramente la personalidad más fuerte que he tenido la suerte de conocer en mi vida», y destacó su «voluntad y su capacidad de creación excepcionales». Vicens era inquieto, impulsivo e intuitivo. Abrió un sin fin de caminos, señaló direcciones, líneas de trabajo y de acción. La divisa que había adquirido ya en los años 40, y que figuraba como membrete en sus cartas, «*Super adversa augeri*», ante la adversidad remóntate, refleja claramente su carácter de constante luchador.

Adquirió un notable prestigio e incluso una cierta aureola carismática: Jordi Pujol, que le conoció siendo muy joven, decía en 1980 que «cuando entraba Vicens en una habitación, la gente o se ponía de pie, o tenía la impresión que debería hacerlo», reconociéndole así una indiscutible autoridad moral. Para muchos de los jóvenes, universitarios, que le frecuentaron, era un líder, un dirigente. Fue un sembrador de ideas, de inquietudes, de entusiasmos y de esperanzas. Así recuerdan el impacto que producía Vicens algunos de estos jóvenes, como los hermanos Sayrach:

*«L'encontre va tenir lloc una nit del mes de maig de 1951. Amb l'esvelta figura de gentleman anglès, els cabells blancs platejats i els ulls clars d'aiguamarina, es va produir un impacte fulgurant. Era una persona que irradiava audàcia i fortalesa: un líder nat. Va ser un amor a primera vista. A més a més, arribava en el moment just: quan ens calien despostes que trenquessin el silenci i l'engany mediàtic; que ens expliquessin la història més recent. Però també era una relació positiva per al mateix Vicens i Vives, que, cansat i decebut pel dissortat comandament i pel desenllaç tràgic de la Guerra Civil, descobria una joventut en què l'esperança es feia novament possible».*⁸

Era un hombre de hablar convincente y apasionado, al que acompañaba un notable atractivo físico. El historiador británico John Elliott, que le conoció en Barcelona a principios de los años 50, lo describe como «bien plantado, carismático y de gran capacidad expresiva, tenía una idea bien clara, como historiador, de a donde quería ir». Quienes le conocían se preguntaban de donde sacaba el tiempo para hacer tantas cosas: dar clases en la universidad, investigar en los archivos, escribir en todo tipo de publicaciones, pronunciar un sin fin de conferencias, asistir a congresos, convocar reuniones en su casa y estar en todas partes. Tenía una inmensa capacidad de trabajo y una fortísima voluntad. Poco antes de su muerte aún escribía a su amigo Santiago Sobrequés «*encara volo amb el gas entusiasta del 33*», en alusión al cursillo de formación del profesorado de secundaria, convocado por el gobierno republicano en 1933, en el que Vicens obtuvo el número 1 de toda España entre más de 200 concursantes.

Su pérdida de influencia en Madrid, a partir de 1956, tras la caída del equipo Ruiz Giménez, le llevó a priorizar su actividad cívica en Cataluña, lo que hizo que cada vez fuera más visto como un demócrata catalán. Sin embargo su prestigio intelectual no hizo más que acrecentarse, como lo reflejan sus cordiales relaciones y sus complicidades con intelectuales de Madrid tan destacados como José Antonio Maravall, Julián Marías, Jesús Pabón o Gregorio Marañón. Fue un respetado e influyente punto de referencia, historiográfica y ciudadana. Al final de su vida su dimensión social empezaba a sobrepasar incluso su sólido prestigio como historiador. Se estaba convirtiendo en una personalidad de referencia, en un elemento central en el proceso de resurgir del activismo cultural y de reconstrucción de la oposición democrática. El escritor Josep Pla, que le trató intensamente durante los años 50, dijo que:

*«Vicens era exactament un home de la postguerra, potser l'intel.lectual d'aquest país que se'n feu una idea més completa i directa [...] la seva mort ha estat la més devastadora que el país ha sofert en els anys que anem, mediocrement, vivint».*⁹

En efecto, cuando murió Vicens, en junio de 1960, quizás fuera el intelectual catalán más destacado y reconocido del momento. Sólo hay que leer las necrológicas

y los obituarios de entonces para darse cuenta de la enorme pérdida que en todos los terrenos supuso su desaparición. Doce días antes de su fallecimiento, quizás previéndolo, se lamentaba de no haber aprovechado suficientemente su medio siglo de existencia a causa de las difíciles circunstancias que le habían tocado vivir:

«50 años. Imaginemos lo que podríamos haber hecho todos nosotros con viento en popa y no navegando siempre contra corriente. De mis 25 años útiles, se puede decir que sólo he aprovechado una docena, y aún al garete. Por suerte ha venido gente de confianza que me han ayudado».

Vicens fue «un catalán de España», un historiador y un ciudadano que siempre abogó por la inserción de Cataluña en una nueva España. Una España que quería libre, democrática, europea, moderna y plural. Y por defender estas ideas intervencionistas sufrió las censuras de algunos sectores nacionalistas catalanes. De la misma forma que ya finales de los años 50, era denunciado ante la superioridad por el delegado de Información y Turismo de Barcelona, que curiosamente era un colega suyo de la Facultad de Filosofía y Letras, acusándole de ser un «activo y peligroso» demócrata catalanista.

Jaume Vicens aceptó el reto de enfrentarse con las dificultades de una profesión, como la de historiador, entonces cargada de condicionamientos y de interferencias políticas. Con gran honestidad profesional defendió siempre sus ideas, criticó y censuró las que consideraban erróneas o sesgadas, y propuso alternativas. Pretendía, básicamente, como el mismo escribió «servir al país desde la ciencia histórica». En la historiografía española su obra y sus propuestas significaron un hito fundamental y bien puede decirse que en esta especialidad científica hay claramente un antes y un después de Jaume Vicens Vives.

NOTAS

1. Este texto es la reproducción casi literal de la conferencia titulada «Jaime Vicens Vives, un intelectual comprometido en la España de los años cincuenta», que pronuncié en el Palacio del Condestable de Pamplona, el 12 de enero de 2011, dentro del ciclo titulado «In memoriam Jaume Vicens Vives. Política, economía y cultura en la España de los años cincuenta», organizado por la Universidad Pública de Navarra, la Asociación Española de Historia Económica y el Instituto Gerónimo de Uztáriz. Dado que se trata casi de una transcripción, el lector disculpará la ausencia de aparato erudito.

2. Carta de Raymond Carr a Josep M. Muñoz i Lloret de 27 de octubre de 1990.

3. Miquel Batllori, *Records de quasi un segle*. Recollits per Cristina Gatell i Glòria Soler, Barcelona, Quaderns Crema, 2000, p. 250.

4. José María Lacarra de Miguel, prólogo a *Jaume Vicens i Vives Obra dispersa*, volumen II, Ediciones Vicens Vives, Barcelona, 1967, p. IV.

5. Jaime Vicens Vives, «Entwicklung der Spanischen Geschichtschreibung, 1939-1949», en *SAECULUM*, Munich, 1952.

6. Jaime Vicens Vives, «L'Espagne de 1917 a aujourd'hui» en *L'Europe du XIXe et du XXe siècle. Problèmes et interprétations historiques*, Marzorati Editeur, Milan. Volumen 6, 1964, pp. 755-758.

7. Redreç es una palabra medieval catalana que podría traducirse por enderezamiento o recuperación

8. Manuel i M. Àngel Sayrach, *Pas a pas, camí de l'alba*, Barcelona, Pamsa, 2007, p. 60.

9. Josep Pla «Jaume Vicens Vives (1910-1960)» en *Homenots*. Vuitena sèrie, Editorial Selecta, Barcelona, 1962, p. 206.

RESUMEN

Vicens Vives –nos recuerda el autor– reaccionó frente a la involución metodológica e ideológica de la producción historiográfica española, abriéndose a las nuevas corrientes universales e intentando acabar con la autarquía cultural y científica. Apostó por introducir la historia social y económica en las nuevas investigaciones y en el ámbito académico, impulsado por su actitud crítica. Una apertura historiográfica y cultural que precedió a otra de carácter político, sobre todo a partir de los sucesos de 1956 y 1957. La última etapa de su vida sería, en ese sentido, de un acentuado activismo político que le llevaría a establecer contactos directos con las fuerzas políticas antifranquistas, tanto del interior como del exilio, aprovechando su presencia en conferencias, congresos, seminarios y reuniones y precedido del éxito de sus novedosas y comprometidas publicaciones. El tránsito de lo cultural a lo político en la obra y vida de Vicens Vives, siempre de la mano de la renovación historiográfica; ése es el camino que nos desbroza en su artículo Borja de Riquer.

LABURPENA

Artikulu honen egilearen aburuz Vicens Vivesek aurre egin zion espainiar historiografiak ezarri nahi zuen inboluzio metodologiko eta ideologikoari. Eginkuzun horretan mundu mailako korronteei zabaldu zien atea, autarkia kultural eta zientifikoarekin akabatu nahian. Vicens Vivesen jarrera kritikoa apustu garbi bat zekarren, historia ekonomiko eta soziala ikerketa berrien eremuan eta arlo akademikoan sartzea. Irekitze historiografiko eta kultural hau politika mailako zabaltzearen aurretikoa da, eta jarrera hau areagotu egin zen, 1956 eta 1957ko gertakarien ondoren. Gisa horretan, bizitzaren hondarraldian Vicens Vivesen ekinbide politikoak berebiziko garrantzia hartu zuen. Izan ere, barne zein kanpoko frakismoaren kontrako indar politikoekin harreman sarea ehuntzen hasi zen, eginkizun horretan bere alde izan zuen mundu intelektualean bere obrak izandako arrakasta. Vicens Vives arlo kulturaletik arlo politikora igaro zen berrikuntza historiografikoaren eskutik.

ABSTRACT

The author reminds us that Vicens Vives reacted to the methodological and ideological involution of the Spanish historiographical production, opening to new universal currents and trying to end the cultural and scientific autarky. Vicens opted to introduce the social and economic history in the academia and new research, driven by his criticism. That historiographical and cultural openness preceded other political, especially after the events of 1956 and 1957. The last stage of his life would be, in that sense, a heightened political activism that led him to establish direct contacts with the political forces against Franco, both inside and exile, taking advantage of his presence in conferences, seminars and meetings, and preceded the success of its innovative and committed publications. The transition from the cultural to the political in the work and life of Vicens Vives, always together historiographical renewal, that is the path that clears in his article Borja de Riquer.